

JORGE BENÍTEZ G.

*GABRIELA ANDA LA HABANA... A MEDIO CAMINAR EL OLVIDO Y LA
MEMORIA*

Santiago de Chile. LOM Ediciones, 1998

Mucho falta por conocer de Gabriela Mistral. De su vida y de su obra, la que todavía no recibe los honores de una edición completa y anotada con rigor. Poco a poco, con pausas e interrupciones, se va armando una visión de esa mujer notable, reformadora y visionaria, poeta y prosista de excepción, latinoamericana enraizada en las rocas y selvas del continente, en los léngamos y llanuras, llenas de misterios y velos. El libro de Jorge Benítez, *Gabriela anda La Habana... A medio caminar el olvido y la memoria*, viene en nuestro auxilio para cubrir el desconocimiento de la etapa cubana de Mistral, seguidora deslumbrada de la “lengua de Martí”, quien alguna vez quiso pasar sus últimos días en la isla caribeña. Benítez, historiador especializado en temas culturales, reúne testimonios obtenidos a través de entrevistas, textos de Mistral, memoria y presente, y compone un panorama atractivo al que precede una introducción esclarecedora. Notables recuerdos de Dulce María Loynaz, Cintio Vitier y Fina García Marruz (de la que incluye un poema inédito), Serafina Núñez, Angel Augier y Rafaela Chacón, vertebran una imagen contradictoria, apasionante, llena de humanidad y cariño.

Gabriela visitó cuatro veces Cuba. En 1922, cuando viajaba a México, invitada por José Vasconcelos, en el inicio de un peregrinaje que no cesaría; después en 1934 y 1938, viviendo un tiempo en casa de Dulce María Loynaz, la gran poeta cubana muerta hace un par de años; y, finalmente, en un viaje breve, cuando concurreó en 1953 a los actos de homenaje por el centenario del nacimiento de Martí, realizados en plena dictadura de Batista, en un ambiente que no le resultó grato, por su enemistad arraigada con los sables y espadones.

Las entrevistas hechas por Jorge Benítez constituyen un testimonio literario y humano de importancia. El libro contiene también una recopilación de prosas mistralianas, entre ellas las ya clásicas dedicadas a Martí y la “Recopilación de Pablo de la Torriente Brau”, tal vez el texto más famoso y amplio que escribió en torno a la guerra civil española. Un epistolario de Gabriela Mistral con los entrevistados y un par de poemas sobre Cuba completan el texto, al que sigue un apéndice gráfico.

El breve paso de Gabriela por La Habana en 1922 no dejó grandes huellas en su obra ni tampoco marcó una impronta en la rica atmósfera cultural de la capital isleña. Fue, con todo, un primer deslumbramiento que anticipó una incursión apasionada y obsesiva en la obra de Martí y también los viajes de la década siguiente. En 1934, llega nuevamente a Cuba. Trae un tesoro: “La lengua de Martí”, que leyó en un acto solemne. En el viaje del 38, dio a conocer “Los versos sencillos de José Martí”, otro aporte medular. Juan Marinello, gran escritor y humanista de nota, que llegó a rector de la Universidad de La Habana, recuerda esa primera lectura: “Pone en orden unos papeles rebeldes poblados de letra grande y fuerte y comienza una lectura que cada espectador recibe como si a él fuera enviada. José Martí tiene en esta mujer gran resonancia de limpia autenticidad del son cercano y distinto. El dolor agónico de su América se lo dará el cubano en su lamento viril y dulce y la llamará desde ayer a la faena de hallarle vías de salvación al indio y al hijo de español”.

De los testimonios recopilados en ese libro es descollante el de Dulce María Loynaz, premio Cervantes, a quien Benítez entrevistó a los noventa y cuatro años, poco antes de su muerte, en la casa solariega en que vivió siempre y donde estuvo largo tiempo Gabriela. Esa amistad comenzó en 1934 y se estrechó tanto que la chilena eligió por residencia temporal el hogar de su amiga cubana, a donde volvió en 1953. En la última visita, la amistad quedó resentida “por las majaderías de Gabriela”, puntualiza Dulce María, lo que habla del carácter difícil de aquella, de la apariencia fría y granítica que disimulaba un hontanar de ternura y de esa alegría que de pronto iluminaba su semblante con sonrisa de niña. Dulce María Loynaz ponía a Gabriela por encima de Neruda, “que es muy bueno, pero no es como ella...”, le dice al entrevistador. Y en otra parte, recordando a Gabriela: “Era una mujer difícil. Desde luego era difícil porque los genios siempre lo son y ella es verdaderamente, sin exagerar un genio en su género. Pero era difícil, uno no sabía como acertaba con ella o no acertaba, por mucha voluntad que pusiera en el empeño”. Preguntada si Mistral tuvo influencia en los escritores cubanos, Loynaz es enfática: “No. Ella no lo tiene [...] decir que dejó impronta en esa generación eso no se puede afirmar”. Era –precisa- muy difícil de imitar: “...creo que su estilo era muy difícil y todo el que siente la influencia de un escritor, al principio procura imitarlo, y con ella no se podía eso. Ella era inimitable”.

Cintio Vitier, quien se había escrito con Gabriela, la vio por primera vez en casa de Dulce María Loynaz en 1938: “Me impresionó mucho su modo de hablar, su pronunciación. Ella ese día hablaba mucho de su ascendencia vasca, ella tenía muy subrayado eso, ella era una especie de vasco araucana y aquella tarde ella estaba un poco empecinada en conversar sobre su raíz vasca”. Eran tiempos sombríos. El mundo se balanceaba al borde del abismo. Los republicanos españoles perdían la guerra. Los nazis avanzaban en Europa. Gabriela declaró a la revista *Bohemia*: “Si se

implantara el fascismo en el mundo entero, yo andaría todo el orbe siete veces en pos de una roca pelada, donde no me alcanzaría el sistema [...] El fascismo no es vivible para un escritor pero no lo es, además, para un cristiano”. Vitier trabajaba en ese entonces en la preparación del primer número de la revista *Orígenes*, que se convirtió después en un hito de la cultura cubana, junto a José Lezama Lima y José Rodríguez Feo. Comenta: “Y en medio de esa conversación le pedimos colaboración y ella fue instantáneamente a su habitación y trajo una carpeta con muchos poemas y nos la puso en las manos para que escogiéramos libremente el poema que quisiéramos. Era una cosa imposible de escoger, todos eran joyas y fue como una especie de lotería y era como sacar un poema casi al azar”. En un intento de síntesis, Cintio Vitier destaca en Gabriela la “palabra que realmente apresa la realidad, la pone a la luz, hace de ella una verdadera ceremonia votiva. Yo siempre siento en las palabras de Gabriela -dice- como un ceremonial, quizás de raíz indígena, se siente mucho la ceremonia, el sol, incluso la presencia del sol, a veces terrible, a veces quemante, a veces como un castigo, pero siempre esa plenitud del mundo”.

Muchos otros materiales de interés contiene este libro meritorio. Explican que la presencia de Gabriela Mistral siga viva hoy entre los cubanos, de un modo que tal vez explican las palabras de Roberto Fernández Retamar: “El descubrimiento que hace Gabriela Mistral verifica el proverbio griego según el cual el fuego conoce al fuego. Lo mejor de la prosa de la gran maestra chilena mana del corazón de la obra martiana, del corazón de Martí. Sus textos sobre él son verdaderas revelaciones”.

Con este libro, Jorge Benítez refuta, sin buscarlo ni decirlo, “nuestra vanidad del Sur” y extiende con finura y rigor un puente entre nuestros países y culturas que es reconocimiento y hallazgo.

Hernán Soto